



Trabajo de los alumnos del Colegio Hispanoamericano de Cali

El amor, una aproximación psicoanalítica en diálogo con la filosofía

Love, a psychoanalytic approach in dialogue with philosophy

Por: John Alexander Quintero-Torres

Recibido: 04 de mayo de 2024

Aceptación: 04 de junio de 2024

Resumen

El amor es una experiencia que hace parte de los múltiples factores constitutivos de la condición humana. Por tal motivo, una reflexión al respecto va más allá de la esfera romántica con la cual se asocia comúnmente. Este artículo ofrece una aproximación psicoanalítica en diálogo con filosofía de Arthur Schopenhauer; quizás el filósofo más influyente en la obra de Freud. Este diálogo denota que el amor es fundamental en los primeros vínculos de cuidado, especialmente en el lazo madre-hijo, los cuales son determinantes en la formación de individuos autónomos. Arthur Schopenhauer y Sigmund Freud ofrecen en sus reflexiones visiones complementarias; por un lado, el filósofo lo ve como una expresión de la voluntad de la especie que busca su conservación, mientras que Freud lo interpreta como una fuerza impulsora inconsciente. En ese camino, cada autor desde su campo intelectual, establece que la voluntad que motiva la acción de amar puede vérselas con contradicciones individuales que surgen por cuenta de aquella fuerza ciega que pugna por conseguir su meta. Tal afirmación deja abierta la cuestión del engaño a la conciencia como posibilidad. El médico austriaco propone la idea de pulsión para dilucidar el trayecto de aquella fuerza y, entretanto, el filósofo alemán expone su metafísica en *El mundo como voluntad y representación*.

Palabras clave: amor, psicoanálisis, filosofía, metapsicología, metafísica del amor.

Summary

Love is an experience that is part of the multiple constitutive factors of the human condition. For this reason, a reflection on it goes beyond the romantic sphere with which it is commonly associated. This article offers a psychoanalytic approach in dialogue with the philosophy of Arthur Schopenhauer, perhaps the most influential philosopher in Freud's work. This dialogue denotes that love is fundamental in the first bonds of care, especially in the mother-child bond, which is determinant in the formation of autonomous individuals. Arthur Schopenhauer and Sigmund Freud offer in their reflections complementary visions; on the one hand, the philosopher sees it as an expression of the will of the species that seeks its conservation, while Freud interprets it as an unconscious driving force. In this way, each author, from his intellectual field, establishes that the will that motivates the action of loving can be confronted with individual contradictions that arise on account of that blind force that strives to achieve its goal. Such an affirmation leaves open the question of deception of the conscience as a possibility. The Austrian physician proposes the idea of instinct to elucidate the path of that force and, in the meantime, the German philosopher expounds his metaphysics in *The World as Will and Representation*.

Keywords: love, psychoanalysis, philosophy, metapsychology, metaphysics of love.

El amor es un tema que convoca el interés general porque incumbe a los afectos y al sentido de la vida que los seres humanos damos a la existencia. Amar a un otro, a otros, saberse amado por un otro o por otros, tiene efectos determinantes en la vida anímica de una persona, en los horizontes de sentido que elabora para sí como sujeto psicológico, social e incluso, político. Las consecuencias del circuito de afectos que atraviesan la biografía de una persona no son solo del registro anecdótico de su experiencia, ellas orientan su devenir sociohistórico, es decir, un conjunto de destinos posibles que denotarán placer, malestar o sufrimiento.

Desde esta perspectiva, hablar de amor supera las fronteras de la esfera romántica; el amor incumbe a una esfera más amplia que implica lo romántico mismo, pero no se delimita a ello. La esfera del amor tiene que ver con las vivencias del cuidado que remiten a los primeros momentos de la vida y con sus despliegues hasta la vida adulta. Amar es una acción que, juntos con la solidaridad y el derecho, hacen parte de las esferas que configuran la experiencia de reconocimiento como una práctica recíproca (Honneth, 1997). Las investigaciones de Winnicott y de Freud, así como otras aproximaciones psicológicas, muestran cómo los vínculos primarios, especialmente el lazo entre madre e hijo, conllevan a la consolidación de individuos autónomos tras pasar por procesos

de reconocimiento recíproco de sus propias necesidades. Honneth, siguiendo a Hegel, afirma que el amor es el primer estadio de la vivencia del reconocimiento (p. 118); y tiene razón. Días antes de la preparación de este escrito se supo una noticia que ilustra una desgarradora escena que nos hace ver la condición de indefensión. Una mujer de Ohio, Estados Unidos, dejó sola a su hija durante 10 días mientras se tomaba unas vacaciones. A su regreso la niña, de tan solo 16 meses de edad, había fallecido. La necropsia determinó que la bebé murió de hambre y deshidratación severa (Associated Press, 2024).

Schopenhauer y Freud: el amor como voluntad y como fuerza.

Entre Arthur Schopenhauer (1788-1860) y Sigmund Freud (1856-1939) hay una proximidad intelectual no calculada por el médico austriaco, la cual se teje a propósito de las consideraciones filosóficas sobre el amor. Freud consideraba que su doctrina sobre la represión era una idea original, hasta que su colega Otto Rank le compartió el pasaje en que Schopenhauer escribe sobre las contradicciones individuales en la experiencia amorosa (Freud, 1976c). Veamos algunos de esos pasajes donde el filósofo alemán expone sus ideas al respecto:

A menudo el amor no está en contradicción solamente con las relaciones externas sino incluso con la propia individualidad, al dirigirse a personas que, prescindiendo de la

relación sexual, resultarían odiosas, despreciables o incluso repugnantes al amante. Más la voluntad de la especie sobrepasa tanto en poder a la del individuo que el amante cierra los ojos ante todas aquellas cualidades que le repelen, lo pasa todo por alto, lo ignora y se une para siempre con el objeto de su pasión: hasta ese punto le ciega aquella ilusión, que desaparece en cuanto la voluntad de la especie se ha cumplido, dejando una esposa detestable. Solo así se explica que con frecuencia veamos hombres sumamente racionales y hasta destacados, casados con fieras y mujeres endiabladas, sin que podamos comprender cómo han podido hacer tal elección (2003, p. 609).

La doctrina de la represión es fundamental en la obra de Freud, en torno a ella orbita el funcionamiento tópico, dinámico y económico del aparato psíquico con el cual asumió el entendimiento de los procesos inconscientes característicos de las neurosis. Al menos por tres décadas sostuvo la idea de que lo inconsciente es lo reprimido, así como la idea de un inconsciente latente o preconscious (Freud, 1976d). Pero lo central es la cuestión dinámica, o teoría de las fuerzas, que el autor incorpora para dilucidar aquellos procesos psicológicos no observables, porque es en ella donde descubre que sus formulaciones encuentran en el texto de Schopenhauer una cabal coincidencia. Hay en la especie humana una fuerza superior a la voluntad individual consciente que lo empuja al cumplimiento de la meta sexual reproductiva, so pena de la contradicción.

El cumplimiento de la meta le hace omitir todas aquellas cualidades que impugna. Esa dinámica es homologable al mecanismo de la represión que Freud elaboraría un siglo después de la mano de las ciencias naturales.

Amar a un otro, a otros, saberse amado por un otro o por otros, tiene efectos determinantes en la vida anímica de una persona, en los horizontes de sentido que elabora para sí como sujeto psicológico, social e incluso, político.

En la época de Freud estas ciencias estaban permeadas por las tesis mecanicistas que modelaron, junto con el pensamiento cartesiano, la medicina del siglo XIX que extendió su hegemonía hasta nuestros días, con limitadas excepciones que cada vez parecieran adquirir más espacio y visibilidad. La representación maquínica del cuerpo no fue solo un asunto metafórico del funcionamiento orgánico; el influjo de la fisiología y la química condujeron a la medicina a sus máximos progresos como ciencia y como arte (Freud, 1992). Con Claude Bernard la medicina se afincó en el mundo de la experimentación e hizo de aquella su residencia estable (Quintero-Torres, 2017). Aunque entendía que la relación entre lo anímico y lo corporal era recíproca, decidió no asumir el riesgo de reconocer cierta autonomía a la psique, especialmente cuando se

trataba de psicopatología. Fue el psicoanálisis, a propósito de las manifestaciones clínicas de los síntomas en la histeria, quien asumió el riesgo de capotear el temor que producía en el mundo médico estudiar el costado de aquella relación cuerpo-psyque en la cual la acción de lo anímico recae sobre el cuerpo. En efecto, era una apuesta que ponía en riesgo el prestigio del médico, pues implicaba en cierto sentido retrotraer a la medicina a una praxis en la que se “dejaría de pisar el terreno seguro de la ciencia” (Freud, 1992, pág. 116).

Es común que tanto amantes como amados vivan su experiencia del amor desprevenidamente de su física. En ellos lo que hace legítima la experiencia del amor es el influjo de lo pasional y no las unidades de medida de una química cuya lógica escapa al régimen de la experimentación. Schopenhauer defendía en su metafísica del amor una finalidad reproductiva. Afirmaba que en su trayecto hacia la meta era investida por expresiones románticas o afectivas que enmascaraban la voluntad original. Quizás por eso los amantes reaccionan en un sentido opuesto a estas afirmaciones dado que se perciben desalojados de la pureza de sus sentimientos: “a ellos mi visión les parecerá demasiado física, demasiado material, por muy metafísica y hasta transcendente que sea en el fondo” (Schopenhauer, 2003, p. 586).

En el intersticio entre la motivación y la meta, entre la voluntad y su fin, de la experiencia amorosa donde el pensamiento de Schopenhauer parece armonizar con el de Freud, aunque sus recorridos conceptuales sean distintos. La metafísica del amor propuesta por el filósofo alemán resuena en la concepción metapsicológica de Freud acerca de la consciencia. La realización del homeostasis en la dinámica psíquica hace suponer a Freud durante los varios años de su teorización la preeminencia del principio del placer.

Esta hipótesis precisaba al mismo tiempo suponer la presencia de mecanismos de defensa que amparasen la vivencia consciente de representaciones de la realidad intolerables. La idea no está en las antípodas de la reflexión filosófica. Entre Schopenhauer y Freud se nos presenta el común denominador del engaño a la consciencia como vía resolutive para la consecución de la meta.

Más lo que aparece en la consciencia como impulso sexual dirigido hacia un individuo determinado es la voluntad de vivir en sí misma pero configurada en un individuo concreto. En este caso, el impulso sexual, aun siendo en sí mismo una necesidad subjetiva, sabe adoptar hábilmente la máscara de una admiración objetiva y engañar así a la consciencia: pues la naturaleza necesita esa estratagema para sus fines. (Schopenhauer, 2003, p. 588)

Ambos autores nos llevan a examinar la dimensión paradójica

de la experiencia del amor, nos hacen ver que en ocasiones el engaño se presenta como un recurso solidario con las metas del amante y el amado. El amor, como toda experiencia que incumbe al cuerpo, es una fuerza que supera la vivencia consciente. En el filósofo esta fuerza es una voluntad ciega “una fuerza, cualidad o carácter, una esencia interior incomprensible que se manifiesta en estados y acciones del cuerpo sin penetrar en ellos” (González, 2019). En el médico psicoanalista esta fuerza se dilucida a partir de una matriz conceptual en la que convergen tres teorías: una teoría de los lugares; esto es, la perspectiva tópica que establece un sistema tripartito (consciente-preconsciente-consciente) por donde circulan las representaciones de las que deviene la consciencia. Una teoría de las fuerzas que explica la dinámica y la constancia de la actividad anímica. Por último, una teoría de la energía, solidaria con las dos anteriores, la cual plantea cuestiones relativas a la economía de la vida anímica. Freud encuentra justificados estos tres puntos de vista para el entendimiento de los procesos psicológicos a partir de lo que encontraba en su práctica clínica. El ejemplo emblemático en la psicopatología de la época es la histeria, en donde los síntomas (como las parálisis) se manifestaban con independencia del sistema neuronal, es decir, como si la anatomía no existiera (Freud, 1976a).

El campo de la clínica psicoanalítica sitúa en el centro de sus reflexiones las acciones que los sujetos sostienen en detrimento de la persona propia, como en la dimensión paradójica del amor.

La representación maquínica del cuerpo no fue solo un asunto metafórico del funcionamiento orgánico; el influjo de la fisiología y la química condujeron a la medicina a sus máximos progresos como ciencia y como arte (Freud, 1992).

Es allí donde lo inconsciente como concepto adquiere para el psicoanálisis un valor heurístico, que en encuentra retroactivamente en Schopenhauer su argumento filosófico. En el ámbito de la psicopatología la acción se nos presenta no como el resultado de una voluntad consciente o de un estado mental claramente intencionado, sino, todo lo contrario, como una voluntad ciega, una fuerza ciega, que domina la actividad consciente. La relación entre la causa y el efecto, entre el amor y su meta (la reproducción) no tiene un trayecto llano y sin obstáculos. Freud expone cómo entre el polo sensitivo y el polo motor, es decir, entre el estímulo y la respuesta motora consciente, aquella fuerza ciega es sometida a procesos anímicos, a transcripciones mnemónicas de las vivencias cotidianas, a punto de establecer que percepción y consciencia se oponen (Freud, 1976b). Esa fuerza

ciega en Freud la encontramos con el nombre de pulsión, misma que define de la siguiente manera:

La pulsión nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal (Freud, 1976f, p. 117).

Esta trabazón entre lo corporal y lo anímico abre, en el campo de la clínica psicoanalítica, la posibilidad de auscultar por la vía del recuerdo y de la palabra, aquellos sinsentidos o paradojas que Schopenhauer dejó a su metafísica. En suma, desde el punto de vista filosófico que nos convoca, podríamos decir que el cuerpo es la voluntad objetivada convertida en representación y, desde el punto de vista psicoanalítico, afirmar que el órgano-cuerpo transita por estadios sensibles en los cuales es libidinizado, erotizado, simbolizado, imaginizado y hablado. Esta trama de experiencias constituida por un circuito de afecciones, configuran la vivencia del amor.

La fuerza ciega del amor y la matriz social

Amamos porque hay una fuerza que nos impulsa hacia la persona u objeto amado, pero esa fuerza no aflora necesariamente con la misma intensidad que se experimenta.

Freud asume que esa fuerza tiene un delegado al interior del aparato psíquico, ese delegado es la representación. Al principio del trayecto esa representación tiene una información que ese energética, es decir, es una magnitud cuya fuerza impulsora la conduce a la descarga motora. Pero no olvidemos que nuestra condición humana impone sobre esa fuerza y esa magnitud una exigencia de trabajo. Esa exigencia no es otra cosa que la atribución de sentido a aquella magnitud de la fuerza que empuja a la acción.

La atribución de sentido a la acción cotidiana nace, sin lugar a duda, de un fenómeno histórico cultural que vincula procesos de orden biológico, físicos, psicológicos, antropológicos y sociológicos que las ciencias han investigado ampliamente. Estos son reconocidos como procesos constitutivos de la condición humana, pero la psicología científica lo dan por hecho de modo que se concentran tanto en asuntos conductuales y funcionales que descuidan el carácter multifactorial detrás de ellos.

La idea freudiana al respecto es que la pulsión, que actúa como representante de aquella fuerza ciega (voluntad), tiene en su trayecto hacia la descarga motora dos formas: representación cosa y representación palabra. La representación cosa está vacía de sentido, no tiene una semántica y es característica del trayecto inconsciente de la pulsión. La representación palabra es, al

contrario, investida de significado. El paso de representación cosa a representación palabra va a depender del nivel de tolerancia de la consciencia yoica respecto a aquella información. Aquí es donde aparecen en escena dos mecanismos muy importantes: la represión y el yo como instancia organizadora de la actividad consciente. Luego, la función de estos mecanismos en la homeostasis psíquica no es simple mecánica. Para la teoría mecanicista la consciencia es un agregado de los procesos fisiológicos. Para otros, la consciencia es la subjetividad de los procesos psicológicos. Para el psicoanálisis la consciencia está entre ambas (Freud, 1976e). Esto es clave para seguir cabalmente el planteamiento freudiano.

La represión opera cuando la magnitud de la representación cosa resulta disruptiva para la consciencia y amenace la integridad yoica. Pero esa integridad yoica es resultante de las atribuciones de sentido con las que el yo asume la existencia. Desde luego, estas no son del todo autónomas, sino que se construyen a partir del lazo social. De esta manera tanto el amante como el amado encarnan lo que el uno supone que el otro espera de sí, de modo que la experiencia consciente está interseccionada por la matriz social, relacional, de la cual hace parte. Ya en cuanto el lazo entre amante y amado se ha realizado la interacción puede permanecer estable o cambiar

según sea la exigencia de trabajo (pulsional) en cada individuo.

El psiquiatra y psicoanalista francés, Jacques Lacan, expresaba que “amar es siempre dar lo que no se tiene” (2010, p. 216) y propone que el amor es movilizad por la función de un objeto agalmático, es decir, algo que el sujeto ve como una posibilidad de completud de su propia experiencia de realización de sentido. El estado de completud presupone una falta, una carencia. Es quizás una de las tesis psicoanalíticas de más difícil

El ejemplo emblemático en la psicopatología de la época es la histeria, en donde los síntomas (como las parálisis) se manifestaban con independencia del sistema neuronal, es decir, como si la anatomía no existiera (Freud, 1976a).

transmisión en cuanto incumbe al ser. Se trata de una cuestión estructural de la vida anímica que se revela a través de dos vías que podríamos considerar: una negativa y otra positiva. La negativa sería la vía de la carencia y la positiva sería la vía de la posibilidad. En cualquier caso, ambas conducen a un mismo punto: al deseo. El registro del deseo es correlativo a la falta estructural, porque tiene que ver con lo que “no se tiene” y, en consecuencia, se presenta como una oportunidad de realización. Es motor de la existencia, porque anima la acción humana. La

particularidad del deseo es que la acción que provoca no es siempre consciente. Dicho de otro modo, sabemos lo que hacemos, pero no siempre estamos conectados con la motivación original de aquello que hacemos. Es decir, su estatuto puede ser inconsciente.

Para ilustrarlo de algún modo podríamos pensar en las lógicas relacionales que establecemos con los objetos-mercancías que circulan por el mercado de capitales. El mundo del mercado juega muy bien con la falta-en-ser, porque pone afuera del ser la pregunta por el agujero en torno al cual se organiza su propia existencia, sin saberlo. De manera que los objetos-mercancía completan la ilusión de tener, poseer lo que hace falta, y con ello evita la angustia de pensar en lo que no se es. ¡Llame ya! ¡compre ya! ¡Qué esperas para [...]! ¡Disfrute ya! ¡es el momento de [...]!, etc. son frases que con las que el lenguaje del mercado busca poner en situación a los consumidores para que adquieran eso que aparentemente “necesitan” y no se daban cuenta de que lo necesitaban. El amor tiene su propia lógica mercantil en donde el amante viene a completar la existencia del amado y el amado se regocija al ser elegido(a) como objeto de amor. La media naranja, se dice coloquialmente.

Con Freud entendemos que la metafísica de Schopenhauer encuentra quizás su motivación esencial en aquello que experimentamos como falta. La

falta es el motor, la motivación del deseo. Sabernos seres deseantes ubica la vivencia humana en una dimensión distante de las otras especies animales. Los seres humanos no estamos aquí en el mundo solo para adaptarnos a las condiciones del medio ambiente o a las reglas sociales. En eso, por ejemplo, el conductismo clásico que muestra reduccionista. El deseo obedece a una dimensión enteramente humana que tiene que ver con la realización cuya meta no es del orden del estricto del acoplamiento a las exigencias del entorno. Es la búsqueda de ese algo específico lo que inviste lo agalmático y lo que moviliza nuestra accionar.

Bibliografía

- Arthur Schopenhauer. (2003). Metafísica del amor sexual. In *El mundo como representación y voluntad II* (pp. 584–626). Editorial Trotta.
- Associated Press. (2024, March 18). Condenan a cadena perpetua a la madre que dejó sola a su bebé por 10 días para irse de vacaciones. *Los Angeles Times*. <https://www.latimes.com/espanol/eeuu/articulo/2024-03-18/ohio-madre-que-dejo-sola-a-su-bebe-por-10-dias-para-ir-de-vacaciones-es-condenada-a-cadena-perpetua>
- Freud, S. (1976a). Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas (1893 [1888-93]). In *Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud* (1886-1899) (Vol. 1, pp. 191–210). Amorrortu Editores.

tos en vida de Freud (1886-1899) (Vol. 1, pp. 191–210). Amorrortu Editores.

- Freud, S. (1976b). Carta 52. In *Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud* (1886-1899) (Vol. 1, pp. 274–279). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1976c). Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico (1914). In *Obras completas, Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico Trabajos sobre metapsicología y otras obras* (Vol. 14, pp. 1–64). Amorrortu editores S.A.
- Freud, S. (1976d). El yo y el ello (1923). In *Obras completas, Sigmund Freud: Vol. XIX* (pp. 1–66). Amorrortu editores S.A.
- Freud, S. (1976e). Proyecto de psicología (1950 [1895]). In Amorrortu editores (Ed.), *Sigmund Freud Obras Completas. Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud: Vol. Volumen 1* (1886-99) (pp. 323–393). Amorrortu editores.
- Freud, S. (1976f). Pulsiones y destinos de pulsión (1915). In *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico Trabajos sobre metapsicología y otras obras* (1914-1916) (Vol. 14, pp. 105–134). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992). Tratamiento psíquico (tratamiento del alma) (1890). In *Obras Completas. Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud* (1886-

- 1899) (tercera reimpresión, Vol. 1, pp. 111–132). Amorrortu Editores.
- González, C. (2019, August 28). *Schopenhauer en la obra de Freud*. El Sigma. <https://www.elsigma.com/filosofia/schopenhauer-en-la-obra-de-freud/13637>
- Honneth, A. (1997). La lucha por el reconocimiento. In *Barcelona: Crítica* (p. 230).
- Lacan, J. (2010). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 5: las formaciones del inconsciente* (1957-1958). Paidós.
- Quintero-Torres, J. A. (2017). *El sujeto de la clínica*. Editorial Bonaventuriana.